

Todos estos conflictos derivan del choque de los *Principia mathematica* de Newton con la metafísica leibniziana-wolfiana... Toda la historia del pensamiento alemán se resume en estas oposiciones y Kant hará su aprendizaje de filósofo meditándolas y discutiéndolas durante veinte años.

§ 2. Los primeros ensayos físico-metafísicos

[Cf. *La deducción* I, 87-92, 105-108, 117-122, 130-134, 190-193]

Cuando Kant, joven de dieciséis años, se ponía bajo la tutela de su bienhechor Schultze, la Universidad de Königsberg atravesaba un período relativamente tranquilo. Schultze supo realizar la unión personal del wolfianismo y del pietismo, y el racionalismo wolfiano podía, desde entonces, minar a su gusto el aristotelismo insignificante que había reinado allí hasta ese momento. Llamó, en 1734, a la cátedra de filosofía y de física a Martin Knutzen, y Kant tuvo la buena fortuna de encontrar en este joven de veintiún años un maestro audaz, trabajador, maravillosamente informado y que comprendía por añadidura, los impulsos de la nueva juventud. Había sostenido en 1735 una tesis titulada *Systema causarum efficientium*, consagrada a refutar la armonía preestablecida. A Leibniz le importaba mucho esta doctrina, a Wolf bastante menos y a Knutzen nada. En Königsberg, por otra parte, se le había adelantado en este camino un tal Marquardt. En el momento en que Knutzen intenta cerrar el debate interminable, el poeta Gottschedt, filósofo a sus horas, y Reuss, dieron los últimos golpes al mito leibniziano. Sin embargo, Knutzen hacía algo más que refutar. Desarrolló un sistema nuevo del influjo físico que se apartaba considerablemente de la eficiencia aristotélica a la que los físicos habían dado ya el golpe de gracia.

Nada asombroso si la mecánica, el espacio, el idealismo (¿no había objetado Foucher que el mundo externo es inútil con la hipótesis de Leibniz?), iban a desempeñar su pequeño papel en el debate, y en 1756 Kant recordará aún en la *Monadologia physica*, la tesis de Knutzen, cuyo contenido había pasado, sin duda, a su enseñanza.

Este wolfiano, discreto y libre, tendrá como deber inculcar a Kant los primeros principios de la metafísica de Wolf, revelarle a Newton y proporcionarle el generoso apoyo de su juvenil entusiasmo, a costa de su persona y de su biblioteca. La enseñanza de Knutzen preparaba, a la vez, para la carrera filosófica y para la científica, y hay que tener una muy alta idea de la enseñanza que impartía, si se consideran el grado de madurez y la amplitud de conocimientos que Kant manifiesta en este doble dominio con ocasión de su primer trabajo. Después de haber seguido puntualmente un plan de estudios bastante heteróclito bajo la vigilancia de Schultze y con la franca colaboración de Knutzen, Kant abandonó la Albertina en 1746 con una disertación escrita sobre la estimación de las fuerzas vivas, que publicará en 1749 con el concurso de bienhechores lo bastante generosos para cargar con los gastos de impresión. He ahí a Kant, a la edad de veintidós años, lanzado en el mundo, abrumado por la indigencia de su situación material y dotado de vastas ambiciones científicas. En esta época la ambición se conciliaba difícilmente con la indigencia y, a fin de procurarse previamente una cierta holgura, condición de la independencia y de la libertad, Kant se resignó al preceptorado. Pasará así desde 1747 hasta 1755, en Prusia Oriental, en diversas casas de grandes burgueses y de aristócratas. Sin embargo, este alejamiento deseado no se parece a un exilio. Por el contrario, todo nos prueba que Kant mantenía relaciones con los medios científicos de su ciudad natal y que guardaba contacto permanente con la vida científica de Alemania. Por lo demás, un cierto misterio planea sobre el género de ocupaciones que lo acaparan y sobre los objetos que retienen su atención durante estos nueve años solitarios. Si nos es permitido concluir de lo que nos será revelado en 1755 acerca de esta época, podremos formarnos una idea general, aunque necesariamente vaga.

Hay que creer que Kant seguía, ante todo, su inclinación por los estudios físicos. Publica en 1749 su disertación doctoral sobre las fuerzas vivas, pero decide inmediatamente después dar nuevo desarrollo a algunos puntos. Éstos comprenderán, ante todo, la discusión del problema de la pluralidad de los mundos, tema que apasionaba al gran público europeo desde hacía cerca de 75 años y que Kant liga al de

la pluralidad en los tipos de espacio, y en seguida la conciliación de sus opiniones personales sobre las fuerzas con la armonía universal. Se ve hasta qué punto el recuerdo de Knutzen permanece vivo en este proyecto. En 1755 en los *Hamburger freyer Urteilen und Nachrichten* aparecía una reseña de la cosmogonía del inglés Wriqth, y en 1752 Kant podía leer otra en el *Hamburgischen Magazin* sobre un libro de Bradley consagrado a un tema análogo. Bajo su impulso, Kant medita su *Naturgeschichte* [*Historia de la naturaleza*] que ha terminado verosimilmente en 1754. Al mismo tiempo decide enviar una Memoria a la Academia de Berlín sobre la rotación de la tierra en torno a su eje. En lugar de dirigirla a la Academia publicará sus reflexiones en 1754 en un semanario de su ciudad natal y ocurrirá lo mismo, en el mes de septiembre del mismo año, con otra Memoria, donde se pregunta si la física permite decir que la tierra envejece.

Había llegado el momento, en 1754-55, de reintegrarse a Königsberg y de volver a tomar el camino de la Universidad. En abril de 1755 obtiene el título de *magister* defendiendo una tesis física redactada en latín y titulada *De igne*, pero como deseaba habilitarse también para los cursos de filosofía fue obligado a defender, además, una tesis sobre un tema tomado de esta materia. El tema de la tesis fue *Principiorum primorum metaphisicæ nova Dilucidatio*, y apareció en el mes de septiembre de 1755. Su deseo de ser *privat-docent* de filosofía demuestra hasta qué grado su interés por los estudios físicos era poco exclusivo. El conflicto que él había percibido entre su propia teoría de las fuerzas y la armonía universal era, en suma, un conflicto filosófico y sabemos, por otra parte, gracias a Reicke, que Kant pensó en tomar parte en un concurso de la Academia de Berlín sobre el optimismo de Pope. Pero en general no es dudoso que Knutzen haya orientado a su alumno hacia las ciencias exactas. Por otra parte, esta orientación se mantendrá aún durante cierto tiempo. Después de su habilitación Kant se dedicó a escribir algunos artículos. En 1756 discute acerca del terremoto de Lisboa, que había dejado una impresión tan profunda en toda Europa; en el curso del mismo año expone una teoría bastante personal y meritoria sobre los vientos. Todavía en 1756, con el fin de apoyar su candidatura para una cátedra ordinaria, publica la

Monadologia physica. En 1757 anuncia oficialmente en un programa impreso sus cursos sobre geografía física y sobre filosofía y, en fin, en 1758 dará su *Neuer Lehrbegriff der Bewegung und Ruhe* [Nueva concepción del movimiento y el reposo].

Excepción hecha de su trabajo científico, este período de su vida no tiene casi historia. Kant goza de una acogida favorable cerca del mundo estudiantil y del público cultivado de la ciudad. Algunos hechos menudos nos muestran que se adaptaba con facilidad a las sucesivas ocupaciones militares, tanto de los rusos como de los prusianos. En resumen, el hijo de los pobres diablos de la *Sattlergasse* se elevaba poco a poco, a pesar de las barreras sociales existentes, a una situación apreciable.

La autoridad académica le favorece menos: no encontrará para él cátedra definitiva antes de 1770. En cuanto a lo demás, todo es leyenda: el Kant solitario que vivió como un ermitaño y que nunca salió de los límites de la ciudad; el Kant cuya vida está regulada como un mecanismo de relojería; el Kant desprovisto de todo y muriendo de hambre... Esto es muy romántico y sólo tiene la falla de ser falso.

Ninguna sensibilidad, sin duda, resiste al encanto o a la tristeza de las circunstancias; nada de asombroso tiene que el pensamiento se resienta del ambiente sentimental. Sin embargo, en Kant nada parece haber influido directamente sobre el curso de su pensamiento. Se ha repetido a menudo que Kant fue físico antes de ser filósofo e incluso que se hizo filósofo únicamente por deber profesional. Erróneamente, me parece. Los límites de la física y de la filosofía estaban generalmente confundidos y Kant abordó siempre la física como filósofo. La predominancia metodológica da su fisonomía propia a todas las disertaciones kantianas de este período. Las *Lebendige Kräfte* [Fuerzas vivas] discuten principalmente, no la estimación matemática de las fuerzas vivas, sino el *modus cognoscendi* de esta estimación. La *Naturgeschichte* concilia la explicación mecanicista y la explicación finalista del universo. La *Monadologia physica* lleva como subtítulo: *El uso de la metafísica unida a la geometría en la filosofía natural*.

Y si aborda siempre la física como filósofo es con el fin,

claramente señalado, de mostrar cómo, tanto en física como en metafísica, todo depende del método.

Se ve de esta manera que, lejos de ser un campo de predilección que debía abandonar bajo el peso de las duras necesidades de la vida, la actividad físico-matemática de Kant se confunde con el gran —osaré decir, con el único— problema kantiano: el método de la metafísica. Una rápida ojeada sobre los escritos físicos lo muestra con evidencia. Fue a instigación de Knutzen que Kant emprendió, en su disertación doctoral, la conciliación entre la fórmula cartesiana (MV) y la fórmula lebniziana (MV^2) de las fuerzas. La solución, falsa por otra parte, que Kant dio a su problema, no es lo que nos interesa. Importa notar con qué facilidad se mueve el joven Kant en una discusión física que había cautivado la atención de toda Europa, ver cómo está admirablemente informado de todas las opiniones expresadas, excepto de la solución de D'Alembert que, por desgracia, era la única buena, e importa seguir los reflejos de este problema físico en la orientación de su pensamiento. Kant atribuye, en efecto, las falsas estimaciones cartesiano-lebnizianas a un error de método. Esto lo lleva a buscar el verdadero *modus cognoscendi* de estos dos pensadores, y el verdadero fin que persigue es descubrir un método más apropiado. Este último toma su punto de partida de una diferenciación cuidadosa de los dominios científicos. Matemáticas y física, matemáticas y filosofía responden a distintas necesidades, a diferentes tratamientos.

La confusión de los métodos matemático y físico es la verdadera causa de los errores a los cuales se expone la física deductiva. La generalización del método matemático conduce necesariamente a la falsa interpretación cartesiana; el método físico conduce a la fórmula de Leibniz. El cuerpo matemático, único que era accesible a Descartes, no conoce la fuerza viva; Leibniz, por su parte, la reconoce gracias a su dinamismo, pero mide falsamente su valor por la vía matemática. Kant, al establecer este valor, ve cuánto importa a la metafísica el distinguir con cuidado dos géneros de fuerzas.

Es a la metafísica, por otra parte, adonde llega finalmente, generalizando los puntos de vista metódicos expuestos en esta ocasión. Kant no está satisfecho con el método de la metafísica

reinante que, por el deseo de ser *eine grosse Weltweisheit* [un gran saber del mundo] descuida ser, al mismo tiempo, *eine gründliche* [fundamental]. La ambición de examinar los métodos usuales y la de refrenar el ardor de la metafísica por extenderse a costa siempre de la solidez: he ahí las condiciones que Adickes distingue, con justa razón, en la exigencia de solidez que Kant formula frente a los metafísicos contemporáneos. ¡Cuán poco wolfiano suena todo esto!

Prosiguiendo la revisión de sus trabajos físicos vemos que, en todas partes, se manifiesta la misma valoración del problema metodológico. La *Naturgeschichte* nos ofrece una primera prueba. Kant no había preconizado en su disertación el método newtoniano como el medio de antemano seguro para no caer más en errores semejantes a los de Descartes y Leibniz. Sino que las meditaciones solitarias del preceptor habían dado sus frutos y emprende, en su cosmogonía, la narración de la génesis del universo por medio sólo del método newtoniano. Por otra parte la hace preceder de un resumen de los principios de Newton dirigido a aquellos que podrían aún ignorarlos. La historia del mundo será, pues, contada en un orden severamente mecanicista, determinada por las leyes naturales. Pero estas leyes permanecen inexplicadas, a menos que se las ligue con un principio teleológico, y esta observación permite conciliar a Newton con Leibniz. A medio camino entre los teólogos, que ven en todas partes el dedo de Dios y hacen de la naturaleza un perpetuo milagro, y los ateos que colocan el azar en el origen de todo, Kant trasciende la explicación newtoniana del mundo, inoperante frente al orden de las leyes (y también —digámoslo de paso— frente a lo orgánico), y esta transcendencia caracteriza la orientación metafísica de un ensayo cosmogónico que no carece de grandeza.

Todos los otros escritos físicos están igualmente basados en Newton. En el *De igne*, experiencia y geometría colaboran estrechamente en la elucidación de la naturaleza. La *Monadologia physica*, destinada a corregir a Leibniz por medio de Newton, es quizá el más notable de los pequeños escritos de Kant en esta época. No persigue ya simplemente una conciliación de los métodos cartesiano y newtoniano en la constitución de la física, sino su colaboración íntima. Esta colaboración permite resolver algunas dificultades y —estoy

tentado de decir— algunas antinomias, que resultan de su aplicación separada. La metafísica de que habla Kant es la monadología con sus elementos simples e indivisibles como constituyentes últimos, mientras que la geometría preconiza la divisibilidad al infinito de la materia. Kant ha seguido de cerca el prolongado debate que se había suscitado en torno a las paradojas de lo infinito y va a darle una solución aceptable para los dos partidos en pugna. El mismo espíritu que preside la solución del problema de las fuerzas se revela de nuevo. En la *Crítica* Kant volverá a encontrar a los dos partidos enemigos pero los rechazará. Aquí, por el contrario, ambos son aprobados con la condición de que ciencias y métodos en competencia permanezcan en sus respectivos dominios. En física, la experiencia proporciona el punto de partida y sus datos son explicados por la geometría, de donde se sigue que en la construcción física los métodos experimental y matemático son equivalentes por igualmente indispensables. El papel de la metafísica comienza allí donde estos dos métodos han agotado su poder; manteniéndonos en ellos, *legum originem et causas exponere non possumus*. La pequeña disertación es notable por más de una razón. Primero, porque nos señala, sin discusión posible, el interés tomado por Kant en las disputas sobre lo infinito. Las antinomias de la razón pura se remontan a este escrito como a su origen lejano e indirecto. Es notable también en la medida en que manifiesta el sentido de la física kantiana, que no es, en suma, más que un capítulo de la metafísica y cuyo valor está subordinado a la estimación de los métodos que en ella se emplean. Es notable, en fin, porque nos hace ver bajo otro aspecto el objeto que Kant ha tratado en la única obra filosófica que pertenece a este período.

Esta obra, presentada en 1755 para obtener la *venia legendi*, se titula: *Primorum principiorum metaphysicæ nova Dilucidatio*. Kant no trata allí *ex professo* la cuestión de los métodos pero discute los fundamentos del saber metafísico. Estos fundamentos reciben una gran luz de la elucidación del debate metodológico. Kant tenía, en esta discusión filosófica, un precursor en Crusius, que antes que él, pero con muchos otros, se había rebelado contra el matematicismo metafísico del wolfianismo. Kant, deslumbrado aún por el pres-

tigio de este matematicismo, comparte el mayor número de las convicciones que están en su base: la racionalidad de lo real, el papel clarificador del entendimiento y, como consecuencia, la distinción puramente gradual de las facultades implicadas en la estructura del conocimiento, el carácter analítico del juicio y el papel objetivante de los principios formales de identidad y de contradicción. Su convicción resulta quebrantada en dos puntos. Distingue el paralogismo de la prueba ontológica cartesiano-leibniziana: entrevé que la existencia no es una nota constitutiva de la esencia de una cosa. Advierte, además, que el principio de identidad es la norma justificadora de la forma racional del juicio y que la norma que justifica el contenido de la materia es el principio de razón suficiente.

La *Dilucidatio* es el tratado de la razón suficiente y Crusius conserva allí el timón de mando. Como Crusius, Kant distingue dos sentidos en la razón suficiente: la razón de ser y la razón de conocer; la una, como el factor que determina la existencia de algo, la otra como el que determina el conocimiento. La razón suficiente, entendida en el sentido de una exigencia lógica, se reduce al principio de identidad. Su papel objetivante casi no sobrepasa el de los principios formales de identidad y de contradicción. Si la relación en cuestión es una relación entre cosas existentes se ve que, naturalmente, la discusión se desvía hacia el problema de la causalidad, pero Kant no lo resuelve de la manera que tendríamos derecho a esperar de él. Kant tiene a bien decir que la *ratio fiendi* y la causa son idénticas y que ambas son distintas de la *ratio cognoscendi*; cierto es que se quita todo el mérito de esta distinción, cuando pretende conocer las relaciones causales por la vía de la identidad. En este caso hay que hacerse a la idea de que habrá aún para Kant mucho camino que recorrer antes de dominar este importante problema.

Por otra parte Kant no fue llevado al examen de la causalidad más que con ocasión de una discusión moral: la libertad; y con ocasión de una discusión metafísica: la existencia de Dios. Crusius había negado la aplicabilidad universal del principio de causalidad, puesto que nuestros actos voluntarios le escapan. Kant, por el contrario, sitúa de nuevo estos actos

bajo su dominio y mantiene, por consiguiente, en este plano la universalidad del principio. El factor causal que determina a la voluntad es un motivo interno. A causa de esto solamente, la voluntad no es arbitraria. Pero escapa al determinismo natural, el cual necesita un factor externo de constrictión. También aquí el conflicto prefigura, pero en una dimensión completamente distinta, la tercera antinomia crítica, y significa por parte de Kant una defensa del principio de causalidad contra la objeción de Crusius. En todo caso Kant va a abandonar esta misma universalidad ante el problema de la existencia de Dios. El principio no es aplicable al Ser Supremo. Si es universal, no lo es más que para el ser contingente. El ser necesario le escapa y no puede salvarse su universalidad diciendo que Dios tiene su razón en él mismo, puesto que de esta manera un ser sería la causa de sí mismo, es decir, existiría antes de existir. Lo cual es absurdo.

La misma cuestión domina también la concepción kantiana de la existencia o la distinción entre el ser y el pensamiento, entre lo real y lo lógico. No se trata —es útil insistir en ello— del problema del realismo en el cual Kant no piensa de ningún modo. Se trata, simplemente, de la manera de conocer lo real existente. Dos vías se abren ante sus ojos para abordar este nuevo problema. La primera es la de la *Dilucidatio*. Kant discute la distinción que debe hacerse entre la razón lógica y la razón real en el principio de razón suficiente. La otra vía, que no usa más que ocasionalmente en esta obra, es la de la teología natural. La segunda vía está emparentada con un gran debate que ha recorrido el pensamiento europeo desde la Edad Media. Es también Crusius quien precede a Kant en esta vía. Descartes había rehabilitado la prueba ontológica de la existencia de Dios: se construye primero el concepto de un ser que contiene toda realidad y al cual hay que atribuir, por ello, la existencia. En todo caso, como este *Ens realissimum* es puesto en tanto concepto o idealmente, es la existencia ideal y no la existencia real la que debe afirmarse de él. Para poder afirmar la existencia real habría que probar la realidad del concepto de un *Ens realissimum*. Un concepto es verdadero cuando su contrario es absolutamente imposible. Ahora bien, la imposibilidad de la no existencia divina equivale a su existencia necesaria. Esta no existencia es absoluta-

mente imposible porque existe algo posible y lo posible no se concibe más que por lo real. Es claro que la prueba kantiana es también una prueba por el concepto, y que Kant no ha previsto la tesis que vendrá, según la cual la existencia es inabordable por la vía del concepto.

El objeto formal de la *Dilucidatio* conduce al mismo problema. La distinción entre la razón lógica y la razón real se inclina hacia la distinción entre la razón de verdad y la razón de existencia. La razón de verdad de un juicio se entrevé por la identidad del sujeto y del predicado. La razón de existencia no determina si algo existe sino aquello por lo cual existe. La razón de existencia se confunde con la causa. En suma, todos los problemas que se agitan en la *Dilucidatio* son tratados de manera confusa y las soluciones son siempre equívocas. No olvidemos, sin embargo, que esta apreciación es quizá el resultado de una confusión latente que cometemos nosotros mismos al imponer a este período, casi sin saberlo, el criterio de las soluciones posteriores que recibieron los mismos problemas. Si nos fuera dado olvidar todo lo que Kant escribió después de 1770, la *Dilucidatio* nos parecería, sin duda, racionalista, pero no contradictoria como se pretende a menudo.

Ocurre lo mismo con el problema del espacio, el último tema leibniziano discutido ásperamente en la primera mitad del siglo XVIII. La orientación cosmológica de su pensamiento conducía naturalmente a Kant a ocuparse de él. Para Leibniz el espacio es una construcción ideal que consiste en el conocimiento oscuro del orden existente entre las mónadas, orden que resulta de su simple coexistencia. Newton, por el contrario, sostiene la realidad y la sustancialidad del espacio, condición de todas las relaciones espaciales subalternas. El espacio es, para Leibniz, efecto de las cosas. Para Newton, por el contrario, está supuesto en las cosas. Es erróneo pretender que Kant sigue a Leibniz en este primer período de que ahora nos ocupamos, porque profese, como él, la relatividad del espacio. En efecto, también aquí Kant adopta una teoría intermedia: sigue a Leibniz en la relatividad del espacio en tanto orden realizado por las sustancias, pero no deja de aproximarse a Newton al negar que este orden sea el efecto de la pura coexistencia. Partidario del influjo físico, las mó-

nadas son, a sus ojos, capaces de acciones transitivas y es su interacción la que determina el orden y las relaciones espaciales. El espacio es, pues, el efecto de las leyes dinámicas de la materia.

Esta concepción reaparecerá invariablemente cuando Kant trate accidentalmente del espacio, después de las *Lebendige Kräfte*. Kant no considera nunca el espacio a la manera de Newton pero se aproxima a él un poco más cada día. El problema desempeña un papel considerable (lo hemos visto) en la *Monadologia physica*, pero Kant no se ha alistado aún bajo la bandera del inglés. Adickes dice justamente que Kant está con Leibniz y contra Newton por la relatividad, pero que está con Newton y contra Leibniz por la realidad del espacio. En la misma ocasión Kant aborda la antinomia o las paradojas del infinito de que hemos hablado. Entre el cuerpo, compuesto de mónadas simples, de la metafísica y el espacio geométrico divisible al infinito, Kant no elige. Declara que entre estas dos concepciones no hay contradicción real, puesto que la división del espacio no implica necesariamente la separación de las partes.

En realidad, pues, Kant se encuentra a la mitad del camino entre Leibniz y Newton tanto en el problema del espacio como en muchos otros problemas discutidos. Y es éste el tono general de las primeras manifestaciones científicas de Kant. No se puede decir que sea wolfiano; por el contrario, ve Kant, a menudo aún en la penumbra, las insuficiencias del racionalismo. Kant se aproxima a Newton, no por un acto de sumisión claro e indiscutible, sino por tesis conciliadoras que intentan superar las divergencias frecuentemente brutales entre las dos escuelas encabezadas por Leibniz y Newton. Pero por encima de todas estas incertidumbres, de estas tergiversaciones, de estas soluciones insuficientes y provisionales, planea una verdad indiscutible: el carácter filosófico de la actividad kantiana, y esto a pesar de los temas físicos que aborda de preferencia.